

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Alejandro Londoño Posada “Alejito”

(Medellín, 1932 – Medellín, 2021)



Alejo, como solían decirle sus amigos, fue el jesuita más joven que conocí, pasaban los años y él siempre con proyectos: programas de radio, caminatas para sensibilizar y educar sobre el amor a la naturaleza, talleres para evangelizar y formar a los jóvenes en la conciencia crítica y el servicio a los demás, la pastoral parroquial, etc. y jamás lo escuché quejarse de cansancio ni de algún malestar en particular. Era un hombre de buen humor y excelente conversador. Le preocupaban cosas que casi a todas las personas nos pasan por alto: la pobreza de las familias, la falta de trabajo de los más pobres, el robo de las alcantarillas en las calles y el calentamiento global. Desde mi encuentro con él, -cuando yo apenas tenía 14 años-, su amor por los jóvenes, por los campesinos y su jovialidad, me contagiaron, y mi vida, desde entonces quedó marcada. Gracias a mi hermano Alberto y a la invitación del Padre Alejo, comencé a participar en un grupo de Campamento Misión de la Casa de la Juventud (Bogotá), desde entonces mi vida personal y profesional estarían fuertemente marcadas por Alejandro Londoño, S.J.

De Alejo sorprendía, que en su vida apostólica siempre había lugar para todos, nunca se negaba a un servicio, aunque eso supusiera complicar la vida a otros, pues para poder responder a todo lo que se comprometía, con frecuencia involucraba a sus discípulos para que le ayudaran en tareas y actividades en las que él no alcanzaba a llegar. Alejo mantenía muy viva su vitalidad, su alegría, su gusto por la comida, el amor por las caminatas, los viajes, los campamento misión, los cursos, las visitas familiares, el trabajo pastoral; era una persona muy detallista, le gustaba estar pendiente de los amigos, escucharlos y aprender de ellos, especialmente de los más pobres. Sacaba tiempo para escribir y publicar. La verdad él siempre estaba haciendo planes, y buscando estrategias para lograr una evangelización integral.

Nuestro querido Alejito falleció el 4 de junio de 2021 en la Casa Pedro Arrupe de Medellín, tenía 89 años y en sus 58 de sacerdocio, todos los que lo conocimos podemos afirmar que vivió para servir, que vivió el carisma ignaciano a profundidad siendo un hombre para los demás. Su corazón de niño curioso, rebelde, inquieto e inquebrantable estuvo muy vinculado al de los campesinos y los jóvenes a quienes dedicó la mayor parte de su vida apostólica y de sus libros, a ellos los identificó como sus dos grandes amores.

A medida que las personas se iban enterando del fallecimiento del padre Alejo, se escuchaban frases como:

“Vivió y murió como un santo”, “Alejo, fue un hombre de Dios, un auténtico jesuita”, “Doy gracias a Dios porque junto a Alejo, conocí lo que significa ser un santo en estos días”, “Alejo, el santo grande con corazón de niño”, “Alejo, el santo viviente, toda su vida fue hermosa”, “Que orgulloso me siento de haber estado cerca de un santo como el Padre Alejo”.

En todas estas frases hay un denominador común, “Alejo, vivió como un santo de nuestro tiempo”, su compasión, su amor, su sencillez, y compromiso por todos los que sufren; su manera de vivir, de hablar, de relacionarse, de trabajar y servir reflejó el rostro misericordioso de Dios, y mostró que si es posible vivir en el espíritu de las bienaventuranzas y que sólo los que se hacen como niños entraran en el reino de los cielos.

Alejo, fue ante todo un maestro que formó más con su testimonio que con sus palabras. Él a partir de “un método muy efectivo” como él mismo lo llamó, e inspirado en la revisión de vida de Joseph Cardijn, formó varias generaciones de hombres y mujeres, una formación que partía de la vida misma, de sus problemáticas, de identificar y reflexionar en comunidad sobre los problemas más graves, discernirlos y a la luz del evangelio buscar salidas que beneficiaran siempre a las comunidades más vulnerables, en mi caso concreto en los Campamentos Misión en las veredas de Zipaquirá, Tolima y Cundinamarca.

Hoy quiero invitarlos a que conozcan más de este extraordinario ser humano a través de la entrevista que he recreado, en el cual yo pregunto y Alejo responde a través de su libro

autobiográfico: *“Caminos y Senderos, experiencias pastorales¹”,* ya que allí él mismo nos relató todo aquello que fue importante para él:

P/ ¿Quién fue Alejandro Londoño, S.J.?

A/ Nací en Medellín el 21 de abril de 1932. Cuando tenía 17 años ingresé a la Compañía de Jesús. Me ordené como sacerdote el 3 de diciembre de 1963. Hoy cuento con 71 años en la Compañía de Jesús, 57 de Ordenación Sacerdotal, y 43 de mis Últimos Votos. Debo confesar que aunque estudié Filosofía y Teología en la Pontificia Universidad Javeriana y Teología Pastoral en el IPLAJ (Instituto de Pastoral Latinoamericana de la Juventud). Mis verdaderos maestros en primer lugar fueron mis padres, y luego la vida misma que me dio la oportunidad de encontrarme con los jóvenes y con los pobres y de poderles dedicar a ellos mi vida y mi vocación.

P/ ¿Quiénes fueron tus maestros?

A/ Mi primer maestro fue mi papá Alejandro, quien me enseñó más con su ejemplo que con sus palabras. Era una persona muy culta (...) El ejemplo de mi papá comenzaba a las 6 a.m. cuando se levantaba e iba todos los días a la iglesia y comulgaba. El otro ejemplo que nos dio fue el cariño y respeto por mi madre Carolina. Nunca los vi pelear, casi ni discutir. Cuando había diferencias entre ellos, mi padre siempre lo solucionaba con buen humor. Cuando mi padre estuvo de supervisor de carreteras de Antioquia y viajaba a los pueblos, siempre se hacía acompañar de uno de sus hijos (...) En una ocasión viajando con él, nos sobrecogió un bello amanecer. Se bajó del carro y nos invitó a contemplar el panorama. Aún recuerdo su exclamación de admiración y agradecimiento por este bello regalo de Dios.

Otro gran maestro en mi vida fue Jesús Andrés Vela, (...) me llenó tanto su claridad teológica y sentido pastoral que decliné una beca para estudiar en España y pedí un cupo para el IPLAJ en Bogotá.

El escultismo y los grupos scout, me marcaron mucho. Siempre he conservado ese amor por la naturaleza y el gusto por las caminatas. Incluso yo he pensado varias veces cuál es el motivo que me impulsa a caminar: ¿Sería cierta vanidad de mostrar a mis compañeros que tenía mucha resistencia? ¿Sería escape a la realidad dura de la vida? ¿Será una manera de descansar muy humana? ¿Una bella manera de encontrar a Dios? Creo que todo se mezcla.

Más adelante este amor por la naturaleza y por caminar formará parte de mi aprecio por la ecología, término que en mí alcanzó más tarde un sentido holístico, del que al inicio carecía.

P/ ¿De dónde viene tu amor y compromiso por los jóvenes?

A/ Creo que los grupos los comencé a querer desde el vientre materno. De mi mamá heredé el amor por los grupos. Cuando ella estaba en tercero de bachillerato (hoy octavo grado),

¹ Londoño, Alejandro, S.J. *Caminos y Senderos, experiencias pastorales*, Universidad Javeriana, Bogotá, 2008.

formó un grupo de amigas que, contra todas las reglas de la Dinámica Grupal, duró hasta que la muerte o la enfermedad les impidió reunirse. Lo simpático es que para mí y desde el colegio esta ha sido también una constante en mi vida: el amor y aprecio por la vida de los grupos. Más de una vez, cuando llegó el turno de presentarme en algún evento, hice referencia a este hecho, valorando esta herencia materna.

En la Casa de la Juventud, donde viví gran parte de mi vida apostólica, participé en diferentes proyectos, el Seminario de Planificación de Pastoral Juvenil, conformación de grupos juveniles, retiros, semanas de juventud y pascuas Juveniles. Buena parte del tiempo lo dedicaba a los grupos de Campamento Misión, allí me acerqué más al mundo de los jóvenes, y también de los campesinos de tierras como Lejanías, Vista Hermosa, Apiay y Caney en los Llanos; Fόμεque, Choachí, Ubaque (Cundinamarca), las veredas de Patasía, Veragüitas y Veraguas en Pacho Cundinamarca, la vereda Betania en el Fresno, Tolima y muchos otros lugares que ahora no recuerdo, pero que me abrieron los ojos frente a la desigualdad y pobreza de nuestros campesinos.

Sintetizo la experiencia de los Campamentos Misión con algo que les recalca siempre a los jóvenes. Se trata de ir a aprender de los campesinos, no a enseñar (...) se trata de ir a aprender de humanidad y -en eso los campesinos nos llevaban mucha ventaja- cosas que en el colegio o universidad no enseñaban.

Para mí los Campamentos Misión fueron parte de mi torrente sanguíneo. Y lo sigue siendo ahora en la Parroquia San Javier (Bogotá), casi cuando ya cruzaba la línea de los 75 años, la gente de las veredas nos seguía acogiendo y eso ha fortalecido mi vocación de servicio.

P/ ¿Cómo llegas a tu compromiso con los más pobres?

A/ No podría precisar el momento en que comencé a sentir visceralmente el dolor de los pobres, el problema social de mi país (...) Algunos buenos maestros me incentivaron a reflexionar sobre la tremenda desigualdad social y la urgencia de colocar en el centro de nuestra acción pastoral a los más pobres. Ellos fueron los padres Pacho Mejía y Vicente Andrade, también la Encíclica Rerum Novarum (...) y muchos otros libros que tocaron mi sensibilidad. Lo cierto es que en algún momento mi vocación se sintió fuertemente golpeada... sentía que nosotros lo jesuitas vivíamos muy aburguesados, quizá fuera injusto generalizar, pero era el sentimiento que en aquel momento me embargaba.

En alguna ocasión viajando en bus a Medellín, por los lados de Cocorná, contemplaba la cantidad de casas quemadas que estaban construidas en cualquier terruño arañando a la carretera. De seguro en ellas vivieron campesinos víctimas de la guerra, mujeres y niños hoy desplazados a la ciudad. (...) Entonces comprendí que Camilo Torres tenía razón en anotar las causas del conflicto armado: la injusta distribución de la riqueza, la tenencia de la tierra, la discriminación social y una clase alta tan egoísta en su mayoría.

En mis visitas a las familias que vivían en la hacienda Patasía en Zipaquirá (Cundinamarca), comencé a sentir en mí el dolor de los pobres. Patasía² era un latifundio, si mal no recuerdo, de 1.200 hectáreas. Contaba con más de 30 arrendatarios, familias cuyas casitas habían levantado allí, cultivaban la tierra y nos reportaban un tanto por ciento de sus ganancias. Entre ellos se repartió la finca, cuando el presidente Carlos Lleras Restrepo comenzó a hablar de una Reforma Agraria (...) Sin embargo este impulso comenzó a desarrollarse tímidamente en el país, hasta que la oligarquía colombiana la obstruyó en la desafortunada reunión de 1972 en Chicoral (Tolima), donde se frenó todo impulso de respuesta a la principal causa de la violencia padecida por el país en las últimas décadas.

P/ Las dinámicas de grupos, fueron una herramienta extraordinaria de formación que utilizabas y creabas con gran maestría ¿cómo llegaste a ellas?

A/ Mi iniciación con las Dinámicas de Grupo no fue en libros, sino en la realidad. Mejor dicho en la necesidad (...) Me nombraron profesor de deportes y las primeras clases fueron un total fracaso... así que decidí acudir a las dinámicas de grupo, dividí a los estudiantes en grupos de 8 muchachos, nombrando como líder al que más mostraba aspecto de ser un buen deportista y en una hoja policopiada les copié los ejercicios para que hicieran sudar a los otros 7. Tanto les gustó la dinámica esa, que le pidieron al rector que nunca quitara esa clase, pidieron que se les diera el doble de tiempo y luego se les permitiera tomar un baño en la helada piscina.

P/ ¿Qué nos puedes decir sobre tu experiencia de escritor?

(Un paréntesis, yo tengo que confesar, que para muchos de tus discípulos, los grupos de Campamentos Misión, los retiros, la formación, pero especialmente tus libros como *Dinámica de la concientización*, *Curso de animadores juveniles*, *Campamentos misión*, *Asambleas familiares*, *112 dinámicas*, etc. Marcaron nuestra vida personal y profesional, en ellos, hay algo común y es el método que utilizas para transmitir, tus libros parten de la vida, dan pautas para discernir y reflexionar sobre esa realidad y luego nos llevan a actuar, tus libros nunca nos dejaron igual ni quietos... siempre nos movieron a actuar y a formar personas sensibles, conscientes y sobre todo más humanas).

A/ La mayoría de mis libros los escribí en los aeropuertos, en cafeterías. En los terminales cuando anunciaban la demora en la salida de los aviones o buses, para mí era motivo de gozo. Pedía un tinto y redactaba algunas de las dinámicas que ya había ensayado en unas cinco o seis oportunidades y que las había resumido en mi agenda. Ese mismo proceso lo repetí en casos de experiencias de cursillos, retiros o campamentos misión.

² Patasía, provenía de la donación generosa de una familia en Zipaquirá para la "Apostólica" y durante años se había convertido en una fuente de entradas económicas para el sustento de los apostólicos y los padres del Mortiño.

Escribir ha sido mi mejor dinámica, porque he constatado que el mayor beneficiario de escribir he sido yo mismo, pues he tenido varios insights sobre mi vida y sobre la pastoral en general. Espero que también vaya a serlo para quienes tengan la paciencia de leer mis libros.

P/ ¿Cómo vivió Alejandro Londoño S.J. la primavera eclesial del Concilio Vaticano II, Medellín y la opción por los pobres?

R/ Las noticias que nos llegaban sobre el Concilio Vaticano II (1962-1965) eran como el descanso de quien se detiene a tomar alimentación mientras está ascendiendo a una montaña. Nuestra esperanza era que en el boxeo teológico-pastoral, entre obispos tradicionales como Ottaviani y otros de la curia romana contra los progresistas como Lercaro, Cámara, Montini –apoyados por entrenadores como Rahner, De Lubac e incluso Ratzinger- los últimos ganaran más rounds o no quieran a los tradicionales. Confiábamos mucho en el árbitro, el Papa Juan XXIII.

Con el Concilio comencé a sentir ciertos impactos que estremecieron mis convicciones personales sobre la fe y la iglesia en particular. Quizá al inicio lo sentí más como fuera de mí, como si los golpes tumbaran objetos externos: la sotana, el latín, las cantidades de imágenes de muchos templos. Más adelante lo sentí en el ejercicio de la pastoral y en mis grandes ideales.

Los cambios comenzaron, la misa del latín al castellano la dimos por pasos. El primer permiso se concedió sólo para las lecturas bíblicas. Más tarde le dimos un adiós total al “Dominus vobiscum” y a todos los latinajos. Sin embargo, hoy sigo pensando que los cambios no se han dado, (...) dejamos de dar la espalda a los fieles en el altar, pero cuántas veces se las seguimos dando en la vida.

P/ ¿Cuál es el legado de la vida de Alejito para la juventud de hoy?

R/ Hablar de legado es demasiado para mí... yo simplemente viví con sencillez, amor y mucha alegría el servicio a los más pobres y a los jóvenes. Hoy yo siento que mi vocación fue a la vida, a descubrir para qué vivía y cómo iba a vivir mi vida... fue cuando decidí que quería ser sacerdote, esos primeros años de mi formación los viví con mucha dedicación y empeño a lo que consideraba era importante para ser un buen cura, orar, estudiar, hacer deporte y comer bien, era una vida más bien cómoda y alejada de los problemas sociales. Pero hoy pienso que mi primera vocación fue por los más pobres y vulnerables, vocación que se fortaleció enormemente cuando comencé a participar en los Campamento Misión y vivir de cerca la realidad de nuestros campesinos.

En mi Tercera Probación, que recuerdo como el tiempo de mayor plenitud en mi vida, la formación del Padre Jaime Martínez me ayudó a abrir los ojos, porque él nos planteaba entre los desafíos de la Espiritualidad Ignaciana, la urgencia de buscar formas económicas

para combatir el capitalismo que justificaba la injusta desigualdad y la pobreza de la inmensa mayoría de la población colombiana.

El P. Jaime Martínez me ayudó a discernir mi segunda vocación, la de trabajar por los jóvenes. Quizá por eso me permitió dar varias tandas de ejercicios espirituales a los jóvenes.

En cierta ocasión, al estar trabajando en una parroquia, noté la falta de oportunidades y recreación que tenían los jóvenes. Lo único que se les ofrecía era cantinas para emborracharse. Yo pensaba que al menos podría animar el deporte y comencé una campaña entre los jóvenes. Pese a que no todas las autoridades del pueblo estaban de acuerdo, se acordó promover y formar equipos de fútbol, entonces yo me di a la tarea de hacerlo entre los vagos y desocupados, que –entre paréntesis- no quedamos de últimos, sino de penúltimos. Pero el campeonato fue todo un éxito y se logró el objetivo de crear grupos y promocionar actividades diferentes al trago y la vagancia.

En este proceso me quedó claro mi liderazgo: pésimo organizador, pero tenía cualidades para ser un buen animador de grupos.

Aprovechando mi don, me dediqué a ejercitarlo desde ese día y para finales del año tenía conformados 13 grupos distintos en la población

Mi aprendizaje: *“con los jóvenes no se trata sólo de predicar, sino de convivir, hacer y compartir con ellos”*.



Silvia Susana Becerra M.

Teóloga, educadora e investigadora

e-mail: sisubeme@gmail.com

www.kaired.org.co

Duitama, 6-09-2021